

EL AMIGO DEL OBRERO



— Órgano de los Círculos Católicos de Obreros —

Homenaje a Cristo Redentor y a su Augusto Vicario en las postrimerías del Siglo XIX

PRECIOS DE SUSCRICION

En la Capital (por mes) \$ 0.20
En campaña (semestres adelantados) \$ 1.20

Las personas que tomen 10 suscripciones, recibirán 2 números de regalo, y así sucesivamente en la misma proporción.

REDACTORES

TOMAS G. CAMACHO Y LUIS PEDRO LENGUAS

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION

CALLE URUGUAY NUM. 180

PUNTOS DE SUSCRICION

Círculo Católico de Obreros, calle Minas 240; Despacho Perregrini de la Aguada; y Confitería de la Catedral, Huzañe 173.

Rogamos a nuestros suscritores que sirvan dirigir las quejas a dichos puntos.

No se pague ningún recibo que no lleve el sello de la Administración.

ADMINISTRACION
Calle Uruguay 180—Montevideo
HORAS DE OFICINA
9 a 11 a. m. 3 a 5 p. m.

El Amigo del Obrero

MONTEVIDEO, 23 DE DICIEMBRE DE 1900

Miserere...

Te Deum...

Veni Creator...

Los postreros fulgores del siglo que fenecía en sus destellos mortecinos vislumbra ya las primeras claridades del siglo que comenzará en breve.

Como el naufrago, cuando ha logrado pisar la playa salvadora, vuelve sus ojos, agratados por el espanto, y contempla horrorizado los inmensos riesgos de la lucha desigual y fatigosa que ha sostenido con las olas embravecidas; el siglo XIX al expirar, si mira hacia atrás y contempla una obra de ruina y destrucción, que en todo orden y en gran escala ha producido, no puede menos de sentir en sus entrañas, si no la satisfacción del odio y la iniquidad, estremecimientos de horror, amargos remordimientos que arrancarán de su pecho moribundo el grito expostivo de la compunción: "Miserere".

Cuando por el fatal desarrollo de sus falsas doctrinas, sostenidas con tanto ardor, y destruidas sus propios principios, desmentidas todas sus promesas, fracasadas todas sus esperanzas, no podrá menos de renegar de sus mismas máximas, y ante los desastres que ha acarreado a los pueblos, y las contradicciones, histerias, ridículas, en que le han hecho incurrir los errores que ha enseñado, oñitos bajo fórmulas más o menos disimuladas y siempre hipócritas, deberá exclamar, lleno de espanto: "Miserere".

Obras tuyas somos, gritan al oído del siglo moribundo todos los desórdenes del orden material y del orden moral, que han venido sucediéndose sin interrupción, las profanaciones más escandalosas del santuario inviolable del hogar y del augusto santuario de las leyes, las violaciones más ignominiosas del derecho, de la libertad y de la justicia, cuyos tribunales se venían sin rubor al oro y al empuje, los robos escandalosos de la hacienda pública, las vejaciones inicuas de los pueblos a nombre de lo que ha dado en llamarse principios liberales y es la burla más amarga de la libertad, la explotación más injusta de los bienes de la iglesia, que lo eran del pueblo y para el pueblo, con el nombre impudico de *caudales*, todo, todo, en grito descompuesto, obras tuyas somos, y el siglo repite con horror: "Miserere".

Con ojos azorados, prosigue escuchando y se da cuenta de la sarda con que, encubierta o descaradamente ha perseguido sin descanso la obra de Dios, y lleva consigo esta tremenda lección: *La obra de Dios es indestructible*; y en ese triste escrutinio ve la impiedad entronizada, la injusticia entizada en los tribunales, la envidia y la ambición dueña de los corazones, que *reinan* pero no *gobiernan*, los pueblos equívocos, las lágrimas que ha hecho derramar a la inocencia, el falseamiento de la verdad, procesos que son la vergüenza de la dignidad humana, guerras injustas y sangrientas, atropellos descarados del derecho de gentes, cruentos sacrificios de naciones enteras en provecho de unos pocos: ve ante sí a sus tiranías de espanto se ve ante una generación sin rumbo, sin ideales, sin virtudes sólidas, sin experiencia de la vida y ya con profundos hastíos de la iniquidad, ebria de orgullo, sedienta de goces materiales, formada para inmensas venturas y para la inmortalidad y hunde sus miradas y arrastra sus anhelos por el fango de las más cobardes debilidades y vergüenzas. Una generación que entra en alientos divinos en la lucha de la vida, sin esperanzas inmortales en el alma, por eso a la minor contrariedad se arranca la existencia, sin haberla siquiera disfrutado, casi antes de conocerla.

Las generaciones que el siglo deja, están enfermas, faltas de energías: llevan en su frente las huellas de la más profunda degeneración, todos los vicios y hasta las arrugas prematuras de una precoz senectud, sin poseer ninguna de sus virtudes. Con razón sobre llama de gozar: "Miserere". Y tras tanta miseria física y tanta corrupción moral, a lo que deben agregarle las grandes y frecuentes crisis económicas, el retraimiento y la tiranía de los capitales, y las agnias y exigencias del trabajo, deja este siglo al que le sucede una herencia de callos profundos, de animosidad irreconciliable, que espanta y aterra y hace preagitar un triste porvenir de mayores desastres, ruinas y vergüenzas. Señor, compadécete, Miserere, Miserere!

En sus infinitos desconcielos buscan las miradas del siglo algún lenitivo y lee en sus fastos progresos, muchos progresos materiales, los portentos de Lourdes y las maravillas de Paray-Lemoine, la declaración dogmática de la Inmaculada, y las manifestaciones del delirio Corazón; lee las grandes conversiones, las solemnizaciones, la fundación de nuevas congregaciones en bien del pobre, del huérfano, del desvalido, los triunfos de la obra divina, etc., y alborozado exclama: "Te Deum". Y al tocar sus desmayados reflejos con las claridades del siglo XX, formulan una plegaria: "Veni Creator Spiritus": Desciende Espíritu Creator y renueva la faz de la tierra: renueva las costumbres, las administraciones que han desvirtuado su última misión, la enseñanza que envenena inteligencias y corrompe el corazón, la vida del hogar que ha sufrido en su inviolabilidad augusta, la justicia que ha extraviado sus caminos, el deber que ha perdido sus fuerzas, la virtud que se va sofocando por el vicio; la verdad humillada por los triunfos del error engobernado, la libertad abogada por los desmanes del desenfreno y la licencia. Ven y renueva todo, Espíritu de Verdad, y restaura con el nuevo siglo el reinado de la verdad y de la virtud en el corazón del individuo, en el santuario del hogar, en el seno de la sociedad. ¡Que lo veamos!

QUISICOSAS

Telegrafo sin hilos

(Servicio especial para El Mudo)

GUERRA ANGLO BOER

Londres, 23.—Está cuando profunda excitación en esta capital la falta de noticias del general Knox. Pare e que este general le tiró el apor-j a D wet para pe-carlo; pero el jefe boer salió arreando con la línea (de Tabacchu) con boyas, carnada y todo.

Londres, 23.—Lord Kitchener ha pedido permiso para hacer la guerra a su manera; pues considera que los boers son verdaderos ladrones, de los que al momento que día a día les roban a los ingleses enormes cantidades de ovejas. El general inglés está en que los prisioneros deben ir a la horca y así concluirá antes la guerra.

Pretoria, 23.—El general boer Delarey, ha dado libertad a los prisioneros ingleses tomados en la batalla de Magaliesburg, y les encargó que manifestaran a Lord Kitchener, la manera como debe proceder con los prisioneros al final del siglo diez y nueve.

Londres, 23.—El famoso caricaturista Gould está preparando una caricatura del general Knox. El general inglés está tirando de un carrito-jaula de rejas de hierro. Dentro marchará Dewett en carácter de prisionero. La puerta trasera del carrito aparecerá abierta de par en par. Mientras el general Knox, va sudando el kilo por llevar a Dewett prisionero, este se muere dentro a carajales. Detrás del carrito-jaula, a lo lejos, se dejarán ver los tiotes de una batallita, donde los boers, como siempre, llevan la mejor parte.

Lourenço Marquez, 23.—Después de la escapada de Tabacchu, el general Knox fué a cerrarle el paso a Dewett.

El guerrillero boer asagoró a un grupo de amigos, que el general Knox ya le pagará la falta de cortesía de cerrarle el paso cuando él quiera caminar.

Pretoria, 23.—Los boers van bien. Kitchener está preparando un plan, que seguramente ha de dar fauerosos resultados para los ingleses.

El plan es muy sencillo: encerrar una por una, a todas las partidas boers, tomarlas despus y fusilarlas sobre la marcha. Pero aun, dicen que el plan está por concluir, y además las uvas están verdes.

Dorban, 23.—Se dice en esta ciudad, que los boers han echado las canchales de comer en este verano a costillas de la Colonia del Cabo; pues su patria está bastante exhausta con el invierno pasado.

Londres, 23.—Se han suspendido el Te-Deum y las fiestas proyectadas en honor de Lord Roberts, a su llegada a Inglaterra.

Se dice que el Te-Deum saldrá muy desahogado, con el ruido de los cañones de Sud Africa.

Asia, 23.—¿Cuándo concluirán con mis pobres chinos?

Africa, 23.—Linda guerra, fin de siglo, la mis.

Oceania, 23.—Y estos yankees ¿me dejarán en paz?

Andrés, 23.—D y un pataleo, y me rompo el espíritu en Panamá.

Barbería, 23.—¿Qué se dice? En un *bo-dun* (oh prigror!) en un *budget*, como suena, se han reunido unos *flustes* desconocidos para constituir una comisión de propaganda liberal. Los habitantes se han puesto en guardia y preguntan *qué será eso?* Si será la civilización que Europa quiere llevar a Sud Africa y a China? Si está cueto, por lo visto,

daño su origen y punto de reunión, pronto estaremos hechos una mona, de fenomenal.

Europa, 23.—¿Cuándo dejaré de ser loco? Mis gentes son humanitarias: que lo digan los boers y los boxers.

El Sol, 23.—El mundo anda loco. Me las va a pagar: yo le haré ser cuerdo.

El Mudo.

ANHELOS

La tranquila mañana de mi vida
Qué alegre y hermosa me brilló
En mis labios la esperanza
Y en las flores balsámicas el sol.

Sentí en el corazón nacerme alas
Y gozoso volé de flor en flor
Y sus castas aromas y sus galas
Trocaba por idílica canción...

En el regazo azul de los espacios
Enviando mortecino resplandor,
Titilaban las pálidas estrellas
Tus astros de oro y de zafir, gran Dios.

Y abandoné la patria de las flores
Y a los confines de lo azul llegué
Buscando en la región de las auroras
Donde templar del corazón la sed.

Allí sobre peñascos de diamante
Que sirven a los astros de dintel
Un eterno de luz rompe sus alas
En plegado y fantástico volar.

Mis los destellos de la extinta cumbre
Sus pléyades de hirviente claridad
No calman ya el desierto espíritu
La inextinguible sed de eternidad.

No percibía al corazón, Dios mío,
Que franquísimo a lindes de lo azul
Eras Tú solo Tú para las almas
Fuente de vida y manantial de luz.

Ramón Tejera.

La nieta y el abuelo

(SUCEDIDO)

La niña Amparo llegaba de la calle alegre como unas Pascuas y rebotando como las brisas del mes de Mayo rebotan entre las flores. Saltó a los brazos de su mamá, que, muy preocupada, estaba hablando con el doctor que salía de visitar al abuelito.

—No tenemos hombre para ocho días—dijo el médico.

La mamá, afligida, balbuceó entre dientes: —¿Virgen Santísima, no consientas que muera impenitente!

Amparo, sin comprender las palabras de su madre, y cubriéndola de besos, la dijo:

—Vamos a rezar por el abuelito. La Hermana me ha dicho que lo haga, y la Virgen, que es muy buena, se lo llevará al cielo el día de su Asunción.

La madre y la hija rezaron unas *Aremarias*. La primera quedó muy pensativa; la segunda se fué saltando y brincando a la habitación del anciano, para darle los buenos días y distraerlo con su alegre charla.

—¿Dios mío!—dijo el abuelo.—¿Cuándo saldré de esta cama?

—Usted no saldrá de ahí, abuelito—dijo la chiquilla con toda su ingenuidad.

—¿Qué estás diciendo?

—El doctor se lo acaba de decir a mamá.

—¿Cómo es eso?—exclamó el enfermo incorporándose.

—Sí, abuelito, sí; el doctor lo ha dicho a mamá que podías darlo a usted cuanto quisiera, *porque no tenemos hombre para ocho días*. Oen que, ya ve usted si está cierto.

—Pero, ¿y yo a morir, hija mía?

—Pues ¿qué tanta pena le da a usted morir?—exclamó la imprudente cristiana sacando blandamente las lágrimas del enfermo y acariciándole con sus manos angelicales.

—¿Si tu supieras cuánto triste es morir?

—¿Triste?—exclamó con acento la niña.—Si va usted a ver a Dios sentado en el trono de su gloria... Lo juzgará según sus méritos.

Si siempre, como creyó, ha sido usted un hombre bueno, irá al cielo a sentarse para siempre al lado de un sant; si tiene algún pecadillo irá al purgatorio; pero no tenga usted pena por eso, porque yo rezaré mucho, y no dejaré de rezar hasta que la Virgen se lo haya llevado al cielo.

Mas si tiene usted algún pecadillo muy grande, entonces será cosa de ir al infierno eternamente, y esto lo que es un fastidio.

—Pero, chica, ¿quién te enseñó esas cosas?

—Me las enseñó la Hermana, que también dice que antes de morir es preciso confesar y recibir los Santos Oleos.

—¿Qué es eso de los Santos Oleos?

—No lo sé, ¿está? Pues es lo voy a decir, abuelito. Los Santos Oleos son un sacramento

que ayuda a bien morir, y es un sacerdote quien los administra. ¿Vd. va a decirle a mamá que llame al señor cura?

—Pero, ¿será verdad que estoy para morir? exclamó el anciano con espanto.

—Ya ve usted; cuando el doctor lo ha dicho... Nada, nada, abuelito; llame usted al señor cura, dígame todos sus pecados, desde los más gordos hasta los más chiquitines; el señor cura lo dará la absolución y todos le quedarán perdonados. Después con aceite bendito le hará a usted unas cruces en la manos, en los pies, en los oídos, en los ojos, en las narices y en la boca, rogándole a Dios que lo cure. Bien podría ser que el Señor le curara a usted, pero si no lo cura, el sacerdote rogará para que se vaya derechito, derechito al cielo... Ya ve usted, abuelito, que es cosa de llamar al señor cura.

Amparo, concluida su perorato, se marchó, dejando al enfermo muy pensativo.

Después de comer la chiquilla, el abuelo, la mandó llamar, y la dijo al oído:

—Dile a mamá que mande en seguida por un sacerdote, porque abuelito quiere confesarse.

—¿De veras? exclamó la niña, saltando encima de la cama y abrazando y besando al anciano. Mire usted, ya le he rezado a la Virgen para que se lo lleve al cielo el día de la Asunción. ¿Usted no ha de haberme oído, si sabía que a usted lo quiero tanto?

Unos momentos después, la niña hablaba con su madre y la decía:

—Mamá, llama corriendo al señor cura, porque el abuelito quiere confesarse.

—Chiquilla, ¿qué me dices? exclamó sorprendida la buena señora.

—Que el abuelito sabe que se muere.

—Pero, ¿quién se lo ha dicho?

—¿Quién? ¡Yo!—contestó la niña con bravura.

—¡Imprudente!...

—Pero, mamá; ¡si la Hermana nos dice que es mejor ir asustado al cielo, que no al infierno sin sustos!...

Algunos días después, 15 de Agosto, el abuelito agonizaba, oprimiendo con amorosa caricia un crucifijo sobre su corazón.

Amparo, ¿cómo estás? le preguntó con voz de mayata.

—Aquí estoy, dijo la niña acercándose a la cama y tomando una mano que la tendía el moribundo.

—Dios te bendecirá hija mía, por el bien que has hecho por tu abuelito.

Tales fueron sus últimas palabras.

Unos momentos después expiraba en el Señor, y la niña con su adorable inocencia decía:

—Yo le he rogado a la Virgen que venga por el alma de abuelito, y la Virgen que oye siempre las oraciones de las niñas que la quieren mucho, se lo ha llevado a la gloria para que celebre allí el aniversario de su Coronación por Reina del Cielo.

E. S. F.

Correspondencia

De todas partes

Señores Redactores de El Amigo del Obrero:

Algunos pastores protestantes de Alemania dicen hace pocos tiempos varias conferencias en Bélgica, con la esperanza de crear en el seno de este pueblo, empujamiento adicto al centro del Catolicismo, un movimiento de ruptura con Roma, a semejanza de aquel pequeño grupo de renegados que en Austria, han tomado como divisa estas palabras: *Rompamos con Roma*. Los diarios liberales, para hacer coro y festejar a los sectarios conferenciantes, los han aplaudido con entusiasmo, pues en sus páginas y en su cegueda de anticlericales abiecos ya saludaban a los profetas que los habían de librar de la arrogancia sacerdotal.

Estos excelentes pastores predicaban el fin próximo del catolicismo: "Roma sucumbirá"—han gritado—no solo disminuya el dinero de San Pedro, sino también el prestigio del Papado.

Para no hablar más que del Papado, ¿cómo ha sido más grande que en este fin de siglo, on que una sola palabra de León XIII basta para remover el mundo? ¿Cuándo ha estado el catolicismo más vigoroso y realizado más rápidos progresos?

Interrogad a estos adversarios cuántos adherentes han ganado en el espacio de tres años y os dirán que han hallado hasta doce mil, sin decir que apenas de los esfuerzos y el dinero de los germanófilos y de los judíos de Austria, no han podido conseguir una apostasía, ni se pueden jactar de haber hecho perder a la iglesia un átomo de su influencia.

En Austria no han hallado un solo católico que los siguese, pero han reclutado millares de adherentes en las logias masónicas y a ilos socialistas.

Este viejo movimiento de diez y nueve siglos va de aborto en aborto.

Hace treinta años se llamaba viejo Catolicismo; en el siglo pasado, Josephismo; y en los

anteriores, Calvinismo; Luteranismo; cosas todas que acaban de morir, mientras Roma sigue su marcha triunfal a través de los mundos. Todas las herejías, todos los cismas han alzado, unos en pos de otros, el grito de: *Rompamos con Roma*, y solo nos queda de ellos un mal recuerdo.

Pueden estar de luto los liberales de cualquier casta y país que sean, porque no los vendrá la libertad de las herejías y de los cismas.

Mons. de Pelaco, obispo de Troyes, acaba de publicar una hermosa carta pastoral, que es una apología de San Juan Bautista de La Salle y de su instituto.

Recomendamos en ella la obra de las Escuelas Cristianas de su diócesis; S. S. da a conocer a su pueblo el acto importante que León XIII realizó poco tiempo há glorificando esta obra popular.

La canonización de este incomparable Bienhechor de la humanidad es un triunfo, y una recompensa insignia para su Instituto, para todos los educacionistas cristianos, para la Francia fecunda en héroes y santos, para el mismo Pontífice, que comprendiendo las necesidades de nuestros tiempos tan difíciles, ha querido glorificar la obra de la regeneración de las masas por la enseñanza cristiana.

Esto es también un triunfo para la Iglesia Católica, maestra suprema de los pueblos, madre de los pobres, de los peñados, y de los humildes, estos "Cristos en flor—Dios en flores", según la expresión del virtuoso Prádo.

Sólo la Iglesia Católica, tan victoriosa y calmada en nuestros días, ha incrementado fuertemente la gratitud y el amor a las naciones.

Por esto Juan B. de La Salle, fué sacerdote en la más alta apostolía de la palmaria, y apropió el amor a la infancia popular en el estudio del Evangelio. Llamado por el humilde Niño de Nazareth, el fiel discípulo, lleno de la sabiduría divina, sacrificó la gloria, los honores, los placeres, las riquezas: inmóvil hasta su propia reputación. Su vida no fué más que un martirio de su corazón, amargado por las humillaciones y oprobios incesantes que sufrió hasta el último día de su vida.

A pesar de todo, el edificio construido sobre la Cruz, la pobreza y el desprendimiento, se sostenió rápidamente por todas las regiones del globo. Trecentos eran los discípulos de este gran servidor de Dios, cuando asedió en muerte hoy son más de quinientos mil que educan a multitudes de niños.

Mons. de Pelaco termina con un elogio completo de este Instituto, en el que se lleva una vida de abnegación infatigable y paciente, de silencio y olvido de sí mismo. Después de haber sido coronada con las más altas recompensas de gloria humana, esta otra prebenda ha recibido de Dios un honor y una coronación solemnemente.

Cada día vemos volver al sendero que conduce al verdadero redil, a muchos viajeros extraviados y cansados ya de buscar en vano en otras partes la calma y la certidumbre de sus creencias. El ejemplo más reciente es el del Rdo. A. Gunn.

Nacido en Suiza, de padres escoceses, llegó a ser pastor protestante en Glasgow. Acudió luego a ministro de la Iglesia Episcopal de Inglaterra, y fué poco después capellán del ejército británico, y como tal se encontró con Gordon en Khartoum. Ahora acaba de ser recibido en el seno de la Santa Iglesia por el P. Mo. Luchini, cura de la Iglesia de la Transfiguración en New-York.

Poco tiempo hace, señaláronse en Londres cuatro notables conversiones del anglicanismo a la Iglesia Católica: la del Rdo. Hartley, pastor de San Marcos en Yarron y sobre un de célebre profesor de teología en la universidad de Oxford; la del Rdo. German, Vicario de San Clemente en Londres; la de M. Dunon, empleado superior de una gran casa de Banca y presidente de una de bifurcaciones de la "Church Union"; y la de M. Henry Tricis, que bajo el pseudónimo de "Mme. Alba" tuvo sus horas de celebridad compadivina.

Las tres primeras conversiones han sido recibidas por el P. Vauall, red morio; la última tuvo lugar en la Iglesia de los Padres Jesuitas.

El ejemplo del doctor Sévassen, erudito y muy ruego, que a juró este año el cisma luterano y recibió la confirmación en la Iglesia católica de San Olaf, ha obtenido excelentes frutos. Su colega y amigo íntimo, el célebre teólogo y escritor protestante doctor Krepp, también, de gran renombre en los países escandinavos, acaba de abjurar solemnemente el error en presencia de los altos dignatarios del Estado.

Mr. Fernando Brunetiere ha enumerado y comentado elocuentemente "Las razones de nuestras creencias" y afirmado su fe, en un soberbio discurso pronunciado en Lila, en la clausura de la asamblea de los católicos del Norte.

La ciencia, el estudio de la filosofía y de la historia, vienen a confirmar las creencias y dogmas católicos.

Deciendo bien alto y con valor: "Creo", el

